

La playa estaba solitaria, como yo. Venía huyendo de un mundanal espacio de alcohol y música. Eran las cuatro y media de la mañana y había cambiado la músicaailable por el rumor de las olas. En teoría, quería ir a casa, pero no sabía por qué, ya estaba en ella. El cielo aun seguía algo oscuro y esa luna roja me ponía algo nerviosa. Pero aun así, decidí seguir adelante.

Es increíble la sensación de meter los pies en la arena y, por un breve instante de pánico, sentir como te hundes. Como los granos dorados que arden se adhieren a tus pies.. Y entonces, toda la presión que tienes en la garganta baja por los ojos. Las raíces de la esperanza. Todo surge de una lágrima. Una de esas que llueven desde las pestañas. En esto meditaba yo mientras paseaba por la playa, a la luz del amanecer. Hacía frío pero yo apenas lo notaba. Solo sentía un punzante dolor en el pecho. El resto de mi ser estaba en calma, como el mar. Parecía un estanque. Como si el agua fuese un trozo de cielo y la espuma, trozos de nubes.

La noche no había sido como esperaba. Salir con mis amigas había estado bien al principio, pero llegó un punto en que el recuerdo de mi pasado y la angustia de mi futuro chocaron e hicieron que mi presente desapareciera. Me sentí vacía y con la mejor excusa que se me ocurrió entre copa y copa, me marché. Los veranos en la playa siempre me traían malos recuerdos de tiempos buenos con malos finales. O recuerdos, a secas. Recuerdos que me agarrotaban los músculos, me paralizaban la mente, me hacían temblar las rodillas. No es que los echara de menos. Simplemente, se dedicaban a existir. Hay recuerdos que son así ¿verdad? Es como llevar piedras en una mochila invisible. No los puedes ver, pero notas perfectamente cómo pesan.

Miré el móvil. Faltaba poco para que las pequeñas tiendas del paseo marítimo abriesen. Me quedaba poco de ansiada soledad. El sol comenzó a proyectar una sombra en la arena dorada. Mis lágrimas coloreaban los contornos de ese sinuoso dibujo oscuro. Y entonces fue cuando la realidad comenzó a desdibujarse de igual manera.

Y comencé a verme a mí misma, en la playa, con el pelo al viento y el bajo de la falda pegajoso de agua salada y arena fría. Y yo ya no estaba allí. Ya no sentía el helar de la hora mágica, ni escuchaba a las gaviotas. Solo oía murmullos casi apenas audibles, máquinas de café espumoso recién hecho y pausados pasos en un suelo recién encerado. Era un mundo distinto, más palpable, pero no menos real que el escenario de la playa. Me encontraba en una sala llena de gente. Y sin embargo, me sentía totalmente sola. ¿Nunca os habéis encontrado en un lugar hasta

arriba de personas y os habéis sentido más solos que nunca? Leí en un cartel: “Identidades abstractas”. Era el nombre de la exposición. Y un cuadro enfrente de mí: pinceladas azules, anaranjadas. El mar, el cielo, una chica, una sombra. ¡Era yo! O tal vez era un reflejo de mí misma. ¿Me había quedado dormida de pie y estaba recordando? No sé. Todo había sido dolorosamente real. Tal vez ese recuerdo era una verdad inventada.

Pero quería terminar ese dibujo. Esa mancha oscura proyectada por el tenue sol. Cerré los ojos fuertemente.. Todo se desvaneció. Y de repente, escuché un canto de gaviota. Sentí agua en los dedos de los pies. Y el sol, calentándome la espalda, sus rayos jugando con ella. La sombra reflejada en la arena era cada vez más nítida. Todo mi dolor se transformaba en amor. Mi melancolía, en nostalgia. Y mi imagen física, mi espíritu, fusionados en el suelo. Y todo el dolor saliendo por mis ojos, cayendo en el interior de esa masa violácea. ¿Qué estaba formando? Una cabeza, un cuerpo... y dos alas. Dentro de mi habitaba un pájaro invencible y radiante, que me invitaba a volar con él. Yo quería aceptar su propuesta, pero me daba miedo levantar los pies de la arena. Aquel pájaro, sin embargo, no estaba dispuesto a esperarme.

Mi historia no es triste. Se reduce a un corazón roto, cosido, desgarrado y vuelto a coser con un hilo negro. A noches en vela combinadas con momentos de inmenso amor y alegría. Vale, sí. Tal vez sea triste. Prefiero pensar en que lo entregué todo hasta partes de mí demasiado frágiles y, simplemente, no supe recoger los trozos después.

Fue entonces cuando recordé que mi angustioso pasado era lo que me ataba los pies a la tierra. Que era mi espíritu el que quería volar sin alas, alto y rápido, dejar mi cuerpo en la arena, como la piel mudada de una serpiente, y que todos mis sentimientos de amor se elevaran al cielo cercano a la luz del día. Era lo que mi alma deseaba. Dejarlo todo en el suelo.